

LA CREACION DE "TEMPESTAS" EN LUCRECIO

SANTIAGO GONZALEZ ESCUDERO

Profesor de Historia de la Filosofía.

Universidad de Oviedo

La descripción de la tempestad constituye uno de los puntos fundamentales en la obra de Lucrecio, tanto desde un ángulo exclusivamente doctrinal como desde valoraciones literarias, teniendo en cuenta su entidad paradigmática en la poesía latina.

En la doctrina nos encontramos con la aplicación de las operaciones características del atomismo a un campo que, pese a consistir desde siempre en la zona preterida de las causas invisibles, reúne los fenómenos más importantes tal vez en el desarrollo humano. Con toda probabilidad tendríamos que situar en él nada menos que el punto de partida, e incluso el motivo, para el nacimiento de la ideología y de la filosofía, por no incluir también el de la religión (1).

El colocar en este campo el nacimiento de las ideologías nos lleva a una doble consecuencia. Por un lado, implica que los fenómenos han sido observados con todo detalle e incluidos en procesos operatorios para su explicación, siempre tratando de llegar a lo invisible a través de los efectos y trayectorias visibles. De otra parte, hemos de tener en cuenta que los diferentes fenómenos han llegado a erigirse en verdaderos sujetos de operaciones, es decir, en autores y causantes de cuantas relaciones y transformaciones se aprecien en su campo de actuación. Tanto esos sujetos como sus actuaciones tienen un reflejo inmediato en la esfera del lenguaje, en las propias estructuras de la frase y en el léxico. Lenguaje que, una vez constituido, se extiende a otros campos y,

por supuesto a otros sujetos de operaciones en la medida en que, más o menos fielmente, reproducen características de los mencionados fenómenos. Los dioses, por ejemplo, se establecen como sujetos porque o bien sustituyen en este papel a los fenómenos o, como sucede en la mayoría de los casos, pasan a controlarlos de forma mágica.

Los milesios trataron de enfrentarse a los procesos operatorios por sí mismos y evitaron alusiones al elemento convencional de los dioses -que no es lo mismo que prescindir de lo divino- con lo que se vieron obligados a relacionar los diferentes fenómenos entre sí a partir de una clave o "arché" que, mediante operaciones, pudiera garantizar un desarrollo completo para cubrir todo el "cosmos" tal como aparece ahora, hombres incluidos (2). El hecho de que el lenguaje se encontraba entonces perfectamente desarrollado y que, por lo tanto, se había difundido en todos los campos, a la vez que sufría las correspondientes interferencias entre ellos, va a determinar una confusión a la hora de acuñar los tecnicismos pertinentes. Así tenemos:

- a. el aire como sujeto de operaciones fenomenológicas perfectamente observadas: ciclones, formación y amontonamiento de las nubes, que dan como resultado truenos, relámpagos y rayos; responsables a su vez de otras alteraciones. A nivel de léxico tenemos sustantivos, adjetivos y verbos que determinan, en sus orígenes, tan solo a estas operaciones.
- b. el aire, los vientos, etc. pasan a reelaborarse desde la ideología y desde la religión. Así tenemos los intentos de magia simpática para controlar y reproducir a voluntad estos fenómenos (3), y de la religión para adscribirselos de alguna manera a la divinidad: Zeus, como divinidad de la función suprema (4), que controla la atmósfera y el rayo en concreto. Los dioses de esta manera ocupan y se ocupan del campo de los fenómenos, así el

viento aparece sujeto a una divinidad como Eolo, y gran parte de la terminología, sobre todo la que recoge causas y orígenes, pasa a las divinidades, que recurren para ello a comportamientos sobrenaturales y mágicos: Eolo agita su bastón o bien abre la cueva en donde tiene encerrados a los vientos (5), etc.

- c. en manos de los milesios vuelven los fenómenos a constituirse en auténticos sujetos de sus propias operaciones, pero con un lenguaje contaminado por la religión en la etapa previa. Así Anaximenes habla de aire sin principio ni fin, lo que pertenece al léxico exclusivo de los dioses, en un "eterno retorno" (6) que se corresponde al ciclo de la vegetación, establecido por analogía como el del cosmos y controlado por los dioses, y, en definitiva, utiliza adjetivos como divino, indestructible, etc. sólo comprensibles dentro de la esfera de la divinidad.

Los atomistas trataron de separar campos y de constituir así el de los fenómenos atmosféricos. Para ello se limitaron a recoger las características operatorias que en el léxico al uso se atribuían a los dioses y las transfirieron a unos principios, los átomos, de los que aseguraron sobre todo su incapacidad para funcionar como dioses e incluso la imposibilidad de poseer cualidades humanas: los átomos son "álogoi" o sea que no pueden establecerse como entidades racionales.

De esta manera quedaban libres los campos fenomenológicos para recibir los datos de la observación, de la experiencia sensible, y para organizarla operatoriamente.

Sin embargo, de por sí, los fenómenos celestes caen fuera de la observación sensible, al menos en sus causas. También queda la propia génesis del cosmos. Para ello hay que habilitar un procedimiento de analogía, tanto en las operaciones como en el lenguaje en que se expresan. Los fenómenos celestes y

la génesis del cosmos aparecen entrelazados en todas las sociedades mediterráneas (7) y también en los antecedentes históricos de los presocráticos. Parménides y la escuela de Elea pueden ser considerados, en parte, ajenos a este proceder, aunque tienen mucho que ver con el armazón lingüístico que llevó a Leucipo a la doctrina del átomo (8). La teoría del ser, de "lo-que-es", es capaz de engendrar las suficientes oposiciones y combinaciones en la lengua como para abarcar operaciones de cosmovisión (9). De hecho los atomistas proceden de esta manera, como incluso Platón mismo hará, pues no se puede dejar de lado el que, precisamente para explicar la génesis y estructura del mundo, recurre a una variante del atomismo (10).

El campo de los fenómenos celestes resulta de inmediata aplicación, al menos por la facilidad de comprensión de los efectos y por la sencillez de la analogía. Por ello cuando es preciso acudir a la génesis del universo y a complicadas operaciones para establecerla, no queda más recurso que refugiarse en las explicaciones y en el vocabulario de los fenómenos atmosféricos cuyas características transformadoras son de sobra conocidas. A lo que obliga además el que las operaciones posibles con los átomos y el vacío no son infinitas, tan sólo se reducen a fenómenos de contacto, o sea a unión y separación o choque. Sin embargo, cuando buscan un motivo, un principio de todo el universo, Leucipo se ve obligado a utilizar el torbellino (11), el remolino y sus efectos en una especie de "tormenta primigenia" que se encuentra fuera de las operaciones de los átomos, pero que es causa imprescindible para el establecimiento de las mismas en adelante. De esta manera el vocabulario atmosférico se enseñoorea de un campo que no le pertenece, ni siquiera por analogía.

Con todo, de esta manera no hay duda de que se establece una confusión, tanto en la doctrina como en el uso de los términos, al no quedar establecida de modo suficiente la independencia entre un campo de

fenómenos y procesos de índole diferente. Incluso queda abierta la puerta a las religiones cósmicas, como sucede en Platón y en Aristóteles: los fenómenos celestes sirven entonces para conformar una esfera de "pureza", de movimiento diferente que se aparta pero al mismo tiempo dirige a lo "impuro", lo material, lo humano.

Epicuro luchó contra la influencia de la religión astral, que establecía una dudosa mezcla de ciencia y de religión más peligrosa aún que las creencias tradicionales, y que sobre todo era capaz de asentar definitivamente el temor a la muerte, al dolor y a un destino inalterable ante el que de nada sirve el empeño liberador.

El atomismo en manos de los epicúreos es un arma contra el temor a la muerte y al castigo de los dioses. La alternativa que ofrece es el conocimiento de la Naturaleza, en donde lo sobrenatural y misterioso no encuentra su sitio.

Sin embargo la explicación escueta de los fenómenos, por bien realizada que esté, resulta demasiado compleja, y también poco ágil, para dar el salto imprescindible desde la ciencia a la cosmovisión, desde los razonamientos fríos de la demostración a los problemas de la vida diaria y desde la eliminación de lo sobrenatural y de la superstición a una alternativa que permita integrarse en la sociedad de fuera del Jardín, cuando se traducen los conocimientos en pasos de liberación reales y en una trayectoria diferente.

Es muy probable que esta impresión nos venga obligada por la forma en que han llegado hasta nosotros los escritos epicúreos, esto es, como resúmenes, muy breves dada la gran magnitud de su obra, que constituyen las cartas transmitidas por Diógenes Laercio. Los fragmentos de los papiros de Herculano permiten la recuperación de algunos párrafos más de la obra física que sobre todo nos sirven para atisbar el estilo más que nada. Bien es verdad que en todas las obras se insiste en llevar a cabo una vida de

aplicación doctrinal estricta del epicureísmo, "como si el maestro te viese" comentaban los discípulos, a fin de lograr los objetivos que dan razón de ser a tanto estudio y que se resumen en el concepto de "serenidad de ánimo" (12). Sin embargo en este concepto no queda demasiado claro lo de "vivir según la Naturaleza", norma general de todas las escuelas Helenísticas, y, por ejemplo da pie a todas las críticas acervas de Plutarco a Colotes que se cifran en demostrar cómo los seguidores de los cánones del Jardín no pueden en manera alguna vivir felices (13).

El epicureísmo, con la ciencia y filosofía que lo forman, necesitaban la recuperación y plasmación concreta de la Naturaleza, encontrar un sentido determinado a esta palabra y rehacer o recuperar un lenguaje que tradicionalmente les había sido arrebatado para los dioses y lo que ellos representan y dirigen.

Precisamente a Epicuro le caracterizaba el cuidado extremo que ponía en el uso del lenguaje, sobre todo como factor que no sólo evita confusiones sino que sirve además para resolver problemas de referencias, en la tendencia a utilizar los términos en un solo sentido, que precisamente era el general, el etimológico y constatable en la vida diaria. Lo que lleva a tener cuidado con tecnicismos y con sinónimos forzados que se basan exclusivamente en el logos particular de los científicos, en una jerga de iniciados a la que estaban tan acostumbrados los peripatéticos (14). También rehuía la profundización teórica y clasificatoria en el uso de los términos, pues complicaba la normativa y dificultaba el conocimiento de la Naturaleza, como sucede en los estoicos y que motivará una reacción particular de los epicúreos posteriores (15).

El epicureísmo de esta manera recupera términos y operaciones lingüísticas sobre todo en el modelo atomístico y en su aplicación. Sin embargo, la expresividad de su doctrina y las analogías precisas para desarrollar la teoría de los fenómenos carecen de

la necesaria fluidez capaz de recuperar el sentido propio de los términos y mucho más para establecer una nueva dimensión figurada de los mismos que permita el paso a la literatura, por ejemplo, como medio idóneo de difusión filosófica.

Este, creemos, es el papel que le correspondió a Lucrecio y a su obra, el poema *De rerum natura*, en la idea de que en absoluto se limitó a ser un "traductor" al latín de las ideas y expresiones griegas, por más que él mismo con no poca humildad lo dé a entender en sus versos: (16)

*Nec me animi fallit Graiorum obscura reperta
difficile inlustrare Latinis uersibus esse,
multa nouis uerbis praesertim cum sit agendum
propter egestatem linguae et rerum nouitatem*
(I, 136-139)

El mero "inlustrare... uersibus" le llevó mucho más lejos porque precisamente esa era la limitación del epicureísmo, su parquedad terminológica y su incapacidad originaria para reflejar un nuevo lenguaje, sobre todo el literario (17).

El papel de Lucrecio.

Sería una falsa idea pretender que Lucrecio realizó una labor completamente distinta dentro del epicureísmo sin darse cuenta de ello. Basta el propio título del poema: "rerum natura" y no "natura" sólo, además de la invocación a Venus del comienzo, para apreciar que sus pretensiones eran muy diferentes a las utilizadas hasta entonces por los epicúreos, y que era plenamente consciente de las necesidades en esta doctrina (18).

El objetivo de Lucrecio se cifra en la recuperación de la Naturaleza (19), en la creación, diríamos mejor, de la anti imagen denominada Naturaleza en base a la estructura y comparación de todo lo que nos rodea, incluidos nosotros mismos, con el fin de elaborar unos campos de actuación y unas operaciones en ellos que, por analogía, son las mismas y se

remiten en última instancia a las que la doctrina atomística adjudica a sus dos componentes, átomos y vacío, junto con los conglomerados o concrecciones de átomos tal como llevaba a cabo Epicuro.

La recuperación del marco y del conjunto de seres vivos adquiere en Lucrecio unos matices indudablemente amargos por la situación dramática de la época en que le tocó vivir: en plenas luchas civiles, en las que tanto los partidarios del Senado como los "populares" ensangrentaban Roma con todo tipo de venganzas y devastaciones. La verdad es que la época de Epicuro tampoco fue ni con mucho una de las prósperas en Atenas, con una ficción democrática bajo el militarismo de los macedonios. Pero la política para los epicúreos, y también para Lucrecio, resultaba algo pernicioso de por sí en cuanto suponía la colaboración irremisible con el poder establecido. Además impedía conseguir una vida con felicidad, individual o colectiva.

Con todo, Lucrecio se ve en la necesidad de recoger un nuevo sentido, unas nuevas operaciones proporcionadas por el epicureísmo, aunque su fundador se quedase corto en ellas, y establecer un lenguaje que dé salida a la explosión de la "rerum Natura" en cada uno de los hombres. El "vivir de acuerdo con la Naturaleza" consigue en Lucrecio un pleno significado, aunque diferente.

Todo ello implicaba enfrentarse cara a cara con la fuerza destructora en la Naturaleza, si bien la ciencia, que en el poema se difunde, es en muchos casos capaz de proporcionar una garantía con la explicación de los fenómenos. Pero en absoluto trata Lucrecio de engañar a nadie con falsas seguridades, pues esto sería causa más que suficiente para abandonarse definitivamente en brazos de la religión o de esa especie de ciencia que los peripatéticos trataban de generalizar. La Naturaleza destruye y transforma todo menos los átomos, que son indestructibles, pero sus procesos no son arbitrarios, responden a unas causas racionales, en absoluto

sobrenaturales. Todo tiene explicación desde la experiencia de los sentidos y puede ser analizado desde los esquemas operatorios de los átomos moviéndose en el vacío.

La tempestad en Lucrecio.

Los fenómenos meteorológicos constituyen sobre todo el contenido del libro VI del poema (20), junto con otros de compleja explicación como son los terremotos, a los que se añade aquellos que la Historia ha transmitido como más enigmáticos, como el problema de las fuentes, cambios, colores de las aguas del Nilo, sobre el que ya Herodoto ensaya varias explicaciones de diferente índole. Termina el libro, y el poema, con la descripción y análisis de la peste en Atenas, que ya Tucídides había expuesto con grandes dosis de racionalismo y capacidad de observación (21). Junto a estos temas se incluyen en el libro una serie de cuestiones que de siempre formaban parte de la superstición popular, como el Averno y otros puntos similares.

Sin embargo, el núcleo importante del libro, e incluso del poema, son los fenómenos atmosféricos que constituyen lo que comúnmente denominamos como tempestad y que Lucrecio estudia por separado: truenos, relámpagos y rayos, además de nubes, huracanes y tifones.

En este tema llama la atención desde el primer momento la terminología que Lucrecio emplea para su descripción. Dicha terminología no supone una novedad, si bien es preciso reconocer que mediante el poema queda acuñada de forma específica en este campo.

Así tenemos que el término "tempestas" (22) no designaba por entonces un conjunto concreto de fenómenos como unidad. Se trata de una derivación del sustantivo "tempus" que pasó a convertirse casi en sinónimo. Hay expresiones estereotipadas, como "ea tempestate", que recuerdan este uso sólo. Desde Ennio, el poeta al que Lucrecio toma por modelo literario,

esta palabra se especializa para designar el tiempo atmosférico, tanto bueno como malo. Lucrecio conserva vestigios de "tempestas" para denominar estación del año o tiempo atmosférico sin más connotaciones, por ejemplo en I, 805. Sin embargo en las dieciseis veces en que aparece usado el término en el libro VI no se contempla este significado (23). Es más, la palabra "tempus" aparece siempre en este uso:

en VI, 362: *interutrasque igitur cum caeli tempora constant*

en VI, 369: *tempus id est vernum...*

en VI, 372: *...autummi quod fertur nomine tempus*

En Plauto "tempestas" adquiere, tal vez por eufemismo, el sentido genérico de "mal tiempo" (24).

...tempestas venit

confringit tegulas imbricesque (Mostellaria, 108)

A partir de este significado Lucrecio va a elaborar un conjunto al que pertenecen los fenómenos característicos de huracanes, true nos, relámpagos, rayos, etc. Conjunto que no consiste sólo en la mera suma de los fenómenos que lo componen, sino que es un verdadero campo gnoseológico, un espacio con diferentes operaciones encaminadas a la modificación estructural de la propia Naturaleza de la que a su vez forman parte.

En griego, los términos más parecidos a "tempestas" serían "áella" y "thúella", usados por Homero sobre todo para indicar la violencia del viento ("áemi", soplar, se relaciona con "áella"). Sin embargo no aparecen en contextos filosóficos, en los atomistas en concreto, ni tampoco en el propio Epicuro.

Lo que nos lleva a pensar que el objetivo de la explicación en los fenómenos atmosféricos se reduciría para Epicuro a mostrar la racionalidad de sus procesos, como también manifiesta Lucrecio en los versos 379-422 de este mismo libro. La configuración de un espacio y a la vez de un operador, como suma de fenómenos, es algo que corresponde a la construcción de una "rerum natura". A partir de esta

formación queda establecida no sólo una nueva concepción espacial sino toda una terminología que abarca los procesos de la tempestad, sus consecuencias e incluso los efectos psicológicos de la misma.

Además de "tempestas", otro término empleado por Lucrecio con este significado es "procella", que aparece cuatro veces en el libro VI y otras dos veces más en los restantes libros (25).

"procella" no se relaciona etimológicamente con el tiempo o la estación del año, por lo que deja de tener el sentido genérico y no puede sustituir a "tempestas" como espacio, aunque se extienda su significado para alcanzar el de tormenta. En todo caso se trata de un tipo específico de tormentas, pese a las imprecisiones inevitables fuera de un contexto físico.

"procella" puede relacionarse con cello, celsus, a través de "procello", caer, o de celto, golpear, que se aplica al huracán de viento (26).

La terminología utilizada por Epicuro en la Carta a Pitocles resulta más complicada, aunque más precisa desde el punto de vista físico. Así un término como "procella" no puede generalizarse ni tampoco usarse de modo indiscriminado, como da la impresión que hace Lucrecio. La palabra a que más o menos responde es en griego la de "stróbilon" (27) que designa un particular torbellino de viento. Los aristotélicos definieron con precisión este fenómeno diciendo que se trataba de "torbellino que surge de abajo hacia arriba", (28) lo que chocaría etimológicamente con la palabra latina. Epicuro señaló con claridad las condiciones físicas del "stróbilon".

- a. formación de un "prestêr", una tromba, que empuja las nubes hacia abajo y que cae como una especie de columna. Lucrecio transcribe este nombre y explica su formación en VI 423-450.
- b. cuando el "prestêr" llega a tierra se forma el "stróbilon".

Lucrecio lo recoge: (30)

*hic ubi se in terras demisit dissoluitque,
turbinos inmanem uim promouit atque procellae*
(445,6)

- c. cuando el "prestêr" cae en el mar, en vez de en tierra, lo que se forma es un "dînos", término que es recogido por el latín "turbo", del que luego hablaremos.

Aquí, como vemos en Lucrecio, "procella" aparece unido a "turbo" sin otra precisión, lo que sirve para generalizarle aún más y para marcar precisamente "turbo" que se convertirá de esta manera en el único protagonista específico de la operación de la tormenta.

"turbo" es, pues, el tercero de los términos empleados para la tormenta y el que menos capacidad espacial tiene ya que representa por sí mismo el agente de la tempestad. Por otra parte hemos de tener en cuenta que denota asimismo la operación fundamental en la génesis del cosmos.

Se trata de un viejo término latino que ya aparece usado en el campo de la tormenta por Plauto (31):

... circumstabant nauem turbines uenti, imbres fluctusque atque procellae infensae... (Trinummus, 835).

Ernout-Meillet (32) lo suponen derivado de "turba", que se inclinan a considerar un préstamo del griego "týrbe". Lo mismo opina Chantraine (33) ante los intentos infructuosos para encontrar una etimología clara del término griego.

"týrbe" significa desorden, confusión, tumulto, pero no es una palabra de uso común. Epicuro la utiliza una sola vez, en un fragmento transmitido por Plutarco, para indicar serie de poetas (34). Pausanias (35) denomina así un festival báquico con su correspondiente danza: Hesiquio también nos ha transmitido un epíteto de Apolo, "Tyrbenós".

En un contexto dionisiaco el tumulto, la confusión y el desorden cumplen una finalidad parecida a la de epicureismo en cuanto ambos

conducen, o pretenden conducir, a una especie de "ataraxía", es un desorden necesario para llegar a establecer un nuevo orden.

Serres (36), que dedica especial atención a la relación entre estos dos términos aplicada a Lucrecio, conecta "turba" y "turbo" con el sentido atomístico de ordenación, con la génesis del mundo que para él se encuentra a su vez en el modelo físico-matemático de Arquímedes (37). Aplicando este modelo, habría una "turba" de átomos moviéndose en todas direcciones a través del vacío. No darían lugar a nada, ya que estarían en choques que, a lo sumo, conseguirían, mediante la posibilidad de complementarse y de atraerse entre lo semejante, formar bandas de elementos. En un momento indeterminado, "incerto tempore", se produciría la inclinación, el ángulo mínimo de desviación, el "clinamen". Así pasaríamos a la geometría del "turbo", del cono de revolución, del torbellino que generaría el Universo.

El ejemplo más evidente, el modelo sensorial de esta geometría no-euclidiana, sería el "turbo" de la tempestad.

Por otra parte, es sin duda el término más utilizado por Lucrecio como operador, alrededor de dieciséis veces (38), tanto en los momentos de construcción atomística como en los fenómenos atmosféricos.

Sin embargo, en ningún momento recoge Lucrecio las connotaciones matemáticas, como podían serlo las leyes del equilibrio o los problemas de la estática, en respuesta por ejemplo a las limitaciones platónicas en la comprensión del movimiento de la peonza (39), que también se llama "stróbilon". Estos mismos problemas habían ocasionado confusiones precisamente en este argumento entre los atomistas griegos. Pero Lucrecio prefiere atenerse a lo sensible y limitarse a ello para señalar el fenómeno físico. Con esto bastaba a un epicúreo. El resto pertenece al interés particular, no al general, confunde más que endereza.

En este sentido, la ambientación y la capacidad

transformadora de la tormenta se cifran precisamente en el "turbo". Así el rayo es una especie de "turbo" y en toda tormenta, para que sea verdadera "tempestas", hay un "turbo", como también todo "turbo" presupone el espacio y el conjunto de la tormenta.

La multiplicación de movimientos, y la variedad en los mismos, que se apuntan en el "turbo", exigen un término complementario que dé lugar a una topología más precisa, que se puede resolver mediante el cono de revolución y la teoría de las espirales, (40) se trata de "uortex", un movimiento circular que se convierte en espiral, en el punto final del "turbo". Así (41):

uenti interdum uertice torto
corripiunt rapidesque rotanti turbine portant (I,
293-4)

El virtuosismo lingüístico de la aliteración trata de ayudar el contenido con la forma.

Con todo, si comparamos los términos que hemos expuesto en la descripción de la tempestad, tenemos lo siguiente:

- a. un término técnico perfectamente estudiado desde el punto de vista del atomismo: el "turbo".
- b. un término más vago, que se usa cuando no se requiere el ajuste a la mecánica del atomismo: "procella".
- c. un término genérico que lo engloba todo y que resume el espacio y el agente de las tormentas: "tempestas".

La habilidad de Lucrecio se comprueba en el establecimiento de una palabra como "tempestas", que carece de connotaciones ideológicas, en calidad del espacio característico de los fenómenos de la tormenta, con todo tipo de imágenes empíricas, pero al mismo tiempo cargado de teoría epicúrea. Para ello ha definido el mecanismo del "turbo" y le ha convertido en el operador de la doctrina atomística, los remolinos y torbellinos de viento pasan de las manos de Júpiter

y de Eolo a ser un proceso de átomos bien estudiado.

La capacidad propagandística de la poesía depende del funcionamiento de las imágenes en los modelos descriptivos y en las metáforas, que se despliega en la acumulación de efectos, sonoridad y ritmo, mediante los cuales aumenta la capacidad representativa del contenido filosófico. De esta manera queda acuñada la tempestad en Lucrecio.

La verdad es que no son frecuentes las tormentas con "turbines", ni siquiera las "procellae". Por lo general constituyen fenómenos esporádicos y marginales, a no se que se confundan el "turbo" y el rayo, lo que admirablemente consigue Lucrecio para transformar en agente atomístico a este último. La precisión en el detalle, la reiteración de las imágenes del rayo en cada fenómeno de la tempestad, las analogías y el léxico bien armonizado consiguen consagrar el espacio operatorio de la tempestad, que abarca "procellae" y sobre todo "turbines" con sus "uortices".

La descripción de la tempestad.

La primera descripción de este fenómeno, tomado en sentido genérico, es muy breve: se trata de la comparación con los elementos de la materia en su refutación a Empédocles (42) (I, 760 y ss) (43):

... quare aut compressa peribunt aut ita
diffugient ut tempestate coacta fulmina diffugere
atque imbris uentisque uidemus

Se determina, como vemos, el espacio por medio del ablativo absoluto "tempestate coacta" y se pasa a detallar los agentes: fulmina, imbris uentisque. Forma parte de una comparación ideológica aplicada a la imposibilidad de que los elementos conformen la última división de la materia, como quería Empédocles, ya que o bien perecían al unirse, por su incompatibilidad, o bien se separarían como sucede en la tempestad. En el léxico se construyen a la vez las dos fuerzas que señalaba Empédocles, la del Amor y la del Odio: la unión que hace el Amor la tenemos en

el prefijo de "compressa", "coacta", mientras que la de Odio aparece en el preverbio de separación de "diffugient", en la oración introducida por "ut" se corrige la teoría de Empédocles pues no aparecen como dos alternativas opuestas sino que se establecen dialécticamente.

Con mayor precisión tenemos la aplicación de la tormenta al modelo de la génesis del Universo (V, 436 y ss.) (44).

*sed noua tempestas quaedam molesque coorta
omnigenis e principiis, discordia quorum
interualla uias conexus pondera plagas
concursus motus turbabat proelia miscens,
propter dissimilis formas uariasque figuras
quod non omnia sic poterant coniuncta manere
nec motus inter sese dare conuenientis.*

Vemos que se sigue utilizando los términos de las dos familias léxicas marcadas por la unión y la separación a través de sus prefijos (45), tomadas en sentido dialéctico, como ya hemos apuntado anteriormente; además aparece la imagen del combate, "proelia miscens", que siempre se utiliza en Lucrecio para simbolizar el caos que establece confusión y que por sí no es capaz de generar. Para Lucrecio, ni en la realidad ni en las imágenes poéticas, la guerra puede ser "el padre" de nada. Frente al caos opone Lucrecio el "clinamen" (46). La tempestad creadora, a modo de un ángulo mínimo de pendiente que cambia el deslizamiento de los fluidos, da paso a un modelo espacial generador, diferente del círculo o círculos pitagóricos y peripatéticos que siempre se encierran en sí mismos. Se trata exactamente de lo contrario a lo establecido por Empédocles: no hay camino del Amor al Odio, ni a la inversa, hay un caos formado por los átomos pero estos no pueden llegar a uniones permanentes. Se altera de esta manera el espacio cíclico de operaciones, el "eterno retorno" que se ejemplifica y plasma en lo circular. Ahora todos los cuerpos; mundo incluido, se disolverán en sus átomos, pero estos no van a regresar al caos originario, no

hay marcha atrás posible porque ya se ha establecido una vez el "clinamen", la desviación, la pendiente. Volverán a encontrarse con otros átomos o a combinarse con los mismos de infinitas formas y en infinitos estados de equilibrio. La tormenta destruye las uniones de los átomos, transforma y establece algo nuevo y diferente, no es la señal de volver a empezar lo mismo, la vuelta a los orígenes.

Sin embargo, es el libro VI en donde aparece detallada la descripción de los procesos, causas y desarrollos de los fenómenos meteorológicos. Por ello centramos en él nuestro análisis. A primera vista llama la atención el que no figure una previa descripción espacial global, esto es, de la tempestad en su conjunto, sino, por el contrario, aparece una larga serie de razonamientos y ejemplos para cada fenómeno por separado, como truenos, relámpagos, rayos, etc. Así aparecen también en el resumen que hace Epicuro en su Carta a Pitocles. Sin embargo, no sólo se sirve Lucrecio de los datos epicúreos, sino también recoge los usados por los atomistas en general e incluso aquellos que la tradición de los físicos había recogido. Todo esto ha motivado una verdadera competición entre los editores del poema para determinar las fuentes de cada uno de los datos utilizados por Lucrecio que no aparecen en Epicuro. Robin y Lück (47), en sendos estudios sobre el tema, se han preocupado de establecer las influencias para cada uno de los argumentos, en la idea de que no se puede atribuir todo a la misma fuente o bien que ésta era tan amplia como para recoger las teorías anteriores. Bollack detalla estas opiniones y, a su vez, añade mayor número de elementos de juicio, una vez que deja por sentado cómo Lucrecio, fuese cualquiera la fuente, en toda argumentación se comporta de acuerdo con los cánones epicúreos.

No vamos a discutir aquí este problema acerca de las tesis físicas de diferente origen que confluyen en la construcción de las defendidas y propagadas en el *De rerum natura*; con todo, creemos que no estará

de más señalar una característica fundamental sobre la índole de esta obra:

Lucrecio es, ante todo, un filósofo y un poeta, de ninguna manera un físico, ni en el sentido actual del término ni tan siquiera en el más modesto que tenía en la Antigüedad. Por ello sus argumentaciones siempre tenían que ser extraídas de observaciones ajenas y de recopilaciones al efecto. A veces estas observaciones ya habían sido tamizadas por los atomistas, pero otras no. El objetivo es sólo utilizar la ciencia para establecer un sentido racional en la marcha del Universo de manera que se pueda pasar a una cosmovisión y a una filosofía de la misma índole. Epicuro, por su parte, tampoco era un físico. Sus argumentaciones habían bebido en el caudal de Demócrito y, sobre todo, en las recopilaciones peripatéticas, de Teofrasto para ser más precisos. En lo que se refiere a los fenómenos celestes, el objetivo de la Carta a Pitocles era recoger las diferentes explicaciones que se daban a un mismo fenómeno e incluso cualquiera podía añadir otras con tal de que no supusiesen una contradicción con los datos sensibles (48). La causa de esta permisividad radicaba en que lo invisible, como el origen de los fenómenos celestes, no se puede someter en directo al mecanismo automático de la sensación, siempre veraz. Si en algún momento lo invisible se pudiera observar directamente tal permisividad se esfuma, dado que entonces se aplicaría inmediatamente la sensación suministrando imágenes y la *prólepsis* o archivo de imágenes para clasificarla y determinarla. Lucrecio, si bien no contradice este método que es fundamental para todo epicúreo, da un giro diferente a la acumulación de explicaciones: establece, por supuesto, varias causas de un mismo fenómeno, que son las mismas, por lo general, y hasta en el mismo orden de la carta mencionada; sin embargo, esas distintas causas no constituyen en ningún caso opciones incompatibles entre sí, sino distintos aspectos o procesos que se complementan y se encaminan a

transformarse en fases de un mismo proceso. En esta línea la operación de analogía se realiza a fondo para poder abarcar todos los datos sensibles, precisamente por la diferencia de objetivos secundarios entre Epicuro y Lucrecio: Epicuro sólo pretende asegurar la racionalidad de las explicaciones y expresamente renuncia a la profundización en cada una de ellas ya que ello implicaría llegar a establecer ciencias por separado, cada una con sus códigos, operaciones, sistemas, etc. además de sus técnicos respectivos, todo ello vedado a casi todo el mundo, dada la universalidad de conocimientos abarcados, de forma que el temor en el ánimo no podría disiparse en medio de tal bagaje de determinismo intelectual. La ciencia que se busca, pues, no se puede difuminar en detalles porque tiene que cumplir una finalidad muy clara, la liberación de los hombres en manos de la religión y del temor a lo sobrenatural y misterioso, de forma que, incluso una ciencia de la Naturaleza detallada, sería capaz de hacer tambalearse camino y objetivos. Lucrecio, por su parte, que en absoluto renuncia al básico trabajo del epicureísmo sino que lo reitera una y otra vez a lo largo del poema así como los elogios al maestro como liberador de la Humanidad, trata, sin embargo, de construir un modelo de operaciones, la "rerum natura" (49), en cuyo comportamiento dialéctico cifra su filosofía de tal manera que las consideraciones éticas puedan derivarse, mediante analogías elementales, de la racionalidad funcional de la Naturaleza. Llega, pues, a mostrar que el viejo sueño mitológico de la unidad de todo lo que existe y de la correspondencia total del todo con sus partes, que los atomistas pretendieron mostrar pero que no llegaron a comprender sobre todo en el aspecto de la vida humana, puede llevarse a cabo.

NOTAS

- (1) Vid. FESTUGIERE, J.: **Épícuro y sus dioses** en Eudeba. Establece las características de los dioses astrales y de la religión astral, de acuerdo con las características platónico-aristotélicas.
- (2) Vid. CORNFORD: **De la religión a la filosofía**. Ariel.
- (3) Hay una exhaustiva exposición de este método en el clásico libro de FRAZER: **La rama dorada**, F.C.E. edición resumida, pp. 30-150
- (4) Sobre la aplicación de funciones a los dioses véase la teoría en DUMEZIL, **Los dioses de los indoeuropeos**, Seix-Barral.
- (5) Confróntese HOMERO, **Odisea**, X, 2; 36 y XXIII, 314 entre otros.
- (6) Vid. MIRCEA ELIADE, **El mito del eterno retorno**, Alianza.
- (7) Como ejemplos podemos considerar a Hesiodo, **Teogonía**, vv. 131-138 que se refieren a la génesis de los Titanes y a sus características en donde se encierra, en cuanto a los dioses, el aspecto de los fenómenos celestes.
- (8) Sobre la relación de la escuela de Elea, Zenón sobre todo, en la génesis del atomismo véase FURLEY, D.J.: **Two Studies in the Greek Atomists**, Princeton, 1.967, págs. 63-78 y 79-103.
- (9) Este problema lo hemos tratado en "El problema del 'es' en Parménides", Basilisco 15.
- (10) FRIEDLANDER en su obra clásica sobre Platón dibuja las cuatro formas atomísticas básicas que aparecen en el **Timeo**.
- (11) Diógenes Laercio IX, 31: "Fueron llevados por un corte de la naturaleza infinita cuerpos de todo tipo de formas a un gran vacío; al reunirse crearon un gran torbellino..."
- (12) Es la "ataraxía", objetivo de los epicúreos. Este término tiene su reflejo asimismo en otros similares de las demás escuelas.

- (13) Plutarco escribió una refutación crítica dirigida contra el epicúreo Colotes para demostrar el que con Epicuro "non posse suaviter vivi".
- (14) D. Laercio X, 37; Carta a Herodoto: "En primer lugar es preciso comprender, Herodoto, lo que se denota en los sonidos, de forma que lo que se opina, busca o duda pudiéramos dictaminar con referencia a ellos, y no que todo vaya hasta el infinito sin un dictamen en nuestras demostraciones o que tengamos sonidos vacíos. Pues es necesario que observemos el primer significado según cada sonido, sin necesidad de explicación, si es que queremos tener a qué referirnos en aquello que se busca, duda u opina".
- (15) "Ni del ánimo me escapa que oscuros hallazgos de los griegos difícil en versos latinos de iluminar son, cuando mucho hay que exponer con nuevas palabras por la pobreza de la lengua y novedad de las cosas".
- (17) También la dificultad de comprensión de atomistas y epicúreos estriba en la tecnificación de viejas palabras.
- (18) Sobre el significado de Venus y la dialéctica que desarrolla véase Jaime Alvarez Iglesias, "La 'imagen' de Venus en Lucrecio". Basilisco, 16, págs. 57-61.
- (19) CLEMENT ROSSET: **La anti-naturaleza**. Taurus 1.974, pp. 159-191. El determinismo es evitado por Lucrecio, lo que le lleva a establecer un concepto de Naturaleza no ideológico ni religioso.
- (20) En el libro de MAYOTE BOLLACK: **La raison de Lucrèce**, París, 1.978 hay un estudio exhaustivo sobre el libro VI en donde se especifica cada una de las argumentaciones del poema, pp. 279-569.
- (21) Herodoto II, 31 y ss.. Tucídides II, 48-55 hace una famosa descripción de la peste en Atenas, que es la que, en términos generales, sigue Lucrecio. Pero Tucídides pretende, con esta descripción, presentar un modelo de rigor en el análisis histórico, aunque sea bastante discutible la ordenación de los datos encaminados más bien a lograr un efecto psicológico y político. vid. CORNFORD, F.M.: **Thucydides Mythistoricus**, 1.907, pp. 15 y ss. Lucrecio recoge

parcialmente los datos sólo en la medida en que son un modelo de funcionamiento del azar.

- (22) Vid. ERNOUT-MEILLET: **Dictionnaire Etimologique de la Langue Latine.**
- (23) Son: VI 174, 255, 289, 376, 458, 490, 642; tempestatem VI 258, 263, 524; tempestate, VI 196, 956; tempestates, VI 84, 671, 956; VI 611.
- (24) " ... el mal tiempo llega
rompe tejas y canalones"
- (25) VI, 124; procellae VI 447; procella VI 293; procellas III 803; procellis V 504; VI 259.
- (26) Vid. ERNOUT-MEILLET **Op. cit.**
- (27) "stróbilon" en griego designa al cono geométrico y también a la peonza, un juguete.
- (28) **De mundo**, 395 a 7. En las **Meteorológicas**, que es muy anterior, se confunde con "dînos", 932 a 5.
- (29) Diógenes Laercio X, 105. vid. el comentario a este párrafo en J. BOLLACK-A. LUCK **Cahiers de Philologie**, 3.
- (30) "cuando éste se lanza a la tierra y se extiende
tremenda fuerza de torbellino y de huracán vomita"
- (31) "...rodeaban a la nube torbellinos de viento
lluvias, olas e incansables huracanes".
- (32) ERNOUT-MEILLET: **Op. cit.**
- (33) CHANTRAINE: **Dictyonnaire Etymologique de la Langue Grecque.**
- (34) Fragmento 228 de Usener.
- (35) Pausanias 2, 24, 6.
- (36) MICHEL SERRES: **La naissance de la Physique dans le texte de**

Lucrece, París, 1.977, defiende la idea de "turbo" asociada al "clinamen" como el ángulo mínimo de desviación en unas "bandas" paralelas constituidas por los cuatro elementos tradicionales, tal como figura en la física de los fluidos y en la génesis de las espirales de Arquímedes, si bien Serres pretende encontrar un antecedente en el mismo Demócrito. Vid. sobre todo pp. 37-42 sobre la relación entre "turba" y "turbo".

- (37) Arquímedes es, según Serres, el heredero, o el creador, de las matemáticas atomísticas contra la geometría de lo estático procedente de Euclides y de los peripatéticos. El comportamiento de los átomos de acuerdo con las leyes de equilibrio de los fluidos parece atenerse a los puntos básicos de la doctrina.
- (38) De ellas siete en el libro VI.
- (39) Platón, República 436 d.
- (40) En su tratado sobre las espirales Arquímedes trataba de explicar el comportamiento matemático de fluidos.
- (41) "los vientos, mientras, en revuelto remolino
agarran y rápidos en rodante torbellino llevan"
- (42) Empédocles hablaba de materia compuesta de cuatro elementos que se unen y se separan guiados por las fuerzas denominadas Amor y Odio. Lucrecio sigue la costumbre epicúrea de utilizar la terminología y recursos del ideólogo que se critica; aprovecha, pues, el desarrollo de esta teoría para mostrarla en contradicción: la incompatibilidad de los elementos imposibilitaría su unión.
- (43) "... pues o conjuntados perecerán
o se distanciarán tanto que, condensada la tempestad,
vemos rayos dispersarse y también lluvias y vientos".
- (44) "pero una nueva tempestad y masa congregada
de multiformes principios, cuyas disputas
intervalos, rutas, enlaces, pesos, choques,
encuentros y movimientos confunden mezclando luchas,
por formas distintas y figuras variadas

porque no todas las conexiones podían así quedar
ni darse entre sí movimientos concordes".

- (45) Se trata de la combinación entre "coorta", "concursus", "coniuncta", "convenientis", "discordia", "dissimilis".
- (46) El "clinamen" es la separación de la línea recta, compárese con el significado de "declinare", "inclinatio". Serres, Op. cit. lo compara con el ángulo tangencial mínimo en el que se apoya Arquímedes para cortar las rectas.
- (47) Vid. ERNOUT, A. et ROBIN, L.: *Lucrece, De rerum natura. Commentaire exégétique et critique*. París, reed. 1.962, 3 vol. LUCK, W.: *Die Quellenfrage im 5. und 6. Buch des Lukrez*, Breslau, 1.932, pp. 475-182 y passim. No coinciden demasiado ambos en los detalles. ROBIN busca más entre los presocráticos y LUCK, en cambio, supone una reelaboración dentro de la escuela epicúrea siempre que un dato no aparece con claridad también en la Carta a Pitocles de Epicuro. La verdad es que, si tenemos en cuenta lo que afirma Diels en *Doxographi Graeci*, Berlín, 1.879, pp. 132-145, los datos sobre los físicos de autores como Simplicio, el Pseudo-Plutarco, Estobeo, Clemente, etc. responden a la recopilación de Teofrasto y en lo sustancial son repeticiones de lo mismo. Pero también los peripatéticos posteriores y los estoicos (lo que explica la utilización de Heráclito por Lucrecio) añadieron estudios sobre física que pudo recoger o bien Lucrecio directamente o, lo más probable, otros miembros de la escuela más avezados en esta temática (los neo-epicúreos de Lück) P. BOYANCE: *Lucrece et l'épicurisme*. París, 1.963, pág. 265 en este punto prefiere seguir a Robin. M. Bollack, op. cit., pp. 470-482 recoge los textos de los doxógrafos y se remite a dejar por sentado el carácter epicúreo en el tratamiento de los mismos.
- (48) D. Laercio X, 86. "... ni violentar lo imposible ni tener en todos los puntos la misma teoría que en los argumentos acerca de la vida o en los que se basan para la solución de las demás cuestiones naturales... como en cuantas hay una concordancia con lo observable; lo que no sucede en relación con los fenómenos celestes, sino que estos tienen asimismo una múltiple causa en su origen y en su sustancia deducida de acuerdo con las sensaciones". Sobre la

pretendida apariencia de poca seriedad científica en este planteamiento véase nuestra comunicación "Anticiencia en Epicuro" en **Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias**, Pentalfa, 1.982, pp. 397-407. En lo que se refiere al funcionamiento sensorial y del conocimiento en Epicuro, recuérdese que las sensaciones son independientes de cualquier intervención humana, ya que se trata de efluvios de átomos que se ponen en contacto con los átomos de los sentidos.

- (49) Wolf, **Logique de l'élément**, pp. 257-266 estudio la oposición entre la "naturaleza de las cosas" y la "naturaleza" indeterminada, siguiendo la línea de Rosset. La "rerum natura" sólo se puede contemplar desde una lógica o dialéctica de sus componentes.